VI

EL PULSO DE LA LENGUA VULGAR CON LAS CLÁSICAS

Si dirigimos ahora nuestra atención hacia el ámbito de las teorías lingüísticas, podemos comprobar que en Castilla hubo un marcado interés por ciertos problemas relativos a la lengua vernácula que, por esas mismas fechas, eran también objeto de discusión en Italia. Por las noticias de las que dispongo, todo parece indicar que no alcanzaron la Península polémicas tan interesantes como la que sostuvieron varios humanistas, con Leonardo Bruni a la cabeza, frente a otro grupo abanderado por Poggio Bracciolini y Flavio Biondo (1392-1463), cuando esperaban ver al Papa Eugenio IV en Florencia (1435)[149]. El contenido de esta disputa se resumía en la pregunta siguiente: ¿cómo era la lengua hablada por los antiguos romanos? El primer grupo defendía la existencia de un *vulgaris sermo*, típico del pueblo, frente al latín de los escritores clásicos; el segundo, por el contrario, no aceptaba que la lengua del hombre común fuese muy distinta de la que se podía leer en autores como Cicerón o César. Al final, la apuesta por una u otra opinión tenía serias implicaciones en la Italia del Quattrocento: si se aceptaba

[149] Me guardo de ser categórico al hacer esta afirmación, pues pasará mucho tiempo antes de que hayamos revisado con la calma necesaria el ingente volumen de referencias de Kristeller en su *Iter;* además, como pasamos a ver, no faltaron españoles que, en Italia, participaron en este curioso debate, de enormes consecuencias.

que la lengua de los clásicos había sido distinta de la del vulgo en esa época, cabía negarle la dignidad literaria al italiano, la lengua vulgar del presente. Como comprobamos, en lo más hondo, subyacía una nueva controversia: el uso literario del latín o del romance, del *sermo domesticus* o del *sermo grammaticus*.

Esta interesante polémica, estudiada con ejemplar rigor por Mirko Tavoni, no se filtró aparentemente hacia otros puntos de Europa, a pesar del enorme interés que en muchos suscitaban las especulaciones de las principales figuras de la Italia del Quattrocento[150]. Sin embargo, tenemos constancia de que, años después, la discusión en torno a este mismo punto seguía viva, como se comprueba en el prefacio de Leon Battista Alberti al libro III de *Della Famiglia* (1437) o la *Disceptatio Convivalis III* de Poggio (1450). Por fin, varias décadas más tarde, dicho problema volvió a debatirse en el palacio del Cardenal Borgia y, tal como Paulo Pompilio (1454-1491) nos relata (para entonces joven autor y, en breve, atento observador de los asuntos de España, como hemos de concluir tras su *De triumpho Granatensi panegyricus)*, en esa ocasión el triunfador fue un erudito catalán de quien sabemos mucho: Jeroni Pau,

[150] Mirko Tavoni, «The 15th-Century controversy on the Language spoken by the ancient Romans: An inquiry into Italian humanist concepts of 'latin', 'grammar', and 'vernacular'», *Historiographia Linguistica*, 9 (1982), págs. 237-264; también en su *Latino, Grammatica, Volgare. Storia di una questione umanistica*, Padua, Antenore [Medioevo e Umanesimo, 53], 1984. La polémica había sido resumida por Hans Baron, *The Crisis of the Early Italian Renaissance* (Princeton, University Press, 1966²), págs. 338-353, y Alberto Vàrvaro, *Storia, problemi e metodi della linguistica romanza*, Nápoles, Liguori, 1968, con una versión española de Anna Maria Mussons, *Historia, problemas y métodos de la lingüística románica* (Barcelona, Sirmio, 1988), págs. 21-24. Para la postura de otros humanistas, como León Battista Alberti (1404-1472), Cristóforo Landino y el propio Lorenzo de Médicis (1449-1492 y en el poder en 1462), véase Giancarlo Mazzacurati, *Pietro Bembo e la questione del 'volgare'*, Nápoles, Liguori, 1964; en sus *Prose della volgar lingua*, Bembo manifestó su creencia en la evolución del latín de los clásicos hasta las lenguas romances. No me ha sido posible leer a Cecil Grayson, *A Renaissance Controversy: Latin or Italian?*, Oxford, Taylor Institution, 1959, aunque sí su conferencia de contenido básico e idéntico título *A Renaissance Controversy: Latin or Italian? An inaugural Lecture delivered before the University of Oxford on 6 November 1959*, Oxford, Clarendon Press, 1960.

vir quidem litteratissimus, «el qual —como señala Casas Homs— seguint l'autoritat d'erudits i experimentats llatinistes, i adduint arguments propis, es decantà decididament per la singularitat»; como puede verse en Pompilio, esas fuentes no eran otras que las de la pasada disputa de 1435: «et Flavii Blondi epistolam ad Leonardum de hac re, et alteram Philelphi, et tertiam Varini» (I, 4) [151].

Desgraciamente, no tengo noticia de ningún documento que muestre la presencia de esta discusión dentro de los límites de nuestra Península, aunque consta que siguió viva en distintos puntos de Europa entrado el siglo XVI. Por supuesto, el hecho de que Pau participase activamente en la polémica nos asegura que el silencio de las bibliotecas y archivos no da fe de la realidad en este punto concreto. Ahora bien, la teoría de la doble latinidad (que defiende la existencia de una lengua incorruptible, propia del hombre culto, frente al idioma del pueblo llano, que degeneró en las diferentes lenguas vernáculas) la adivinamos, *quibuscumque verbis,* en no pocos de aquellos autores que apostaron por una estricta observancia de la norma clásica y por un respeto total al principio de la *imitatio;* dentro y fuera de España, a cuantos procedieron de esa manera se les aplicó un calificativo: eran los famosos «ciceronianos», contra los que, al rayar el nuevo siglo, arrecia-ron los dardos.

El problema subyacente en la disputa erudita a la que me vengo refiriendo ofrecía un nuevo punto de encuentro con la *questione del volgare.* Es más, la lectura de Flavio Biondo ha llevado a pensar a más de un crítico que el *sermo vulgaris* sobre el que Bruni trataba en esa ocasión no era sino la misma lengua italiana. ¿Cabe expresar en tales términos la opinión mantenida por el Aretino? En realidad, todo indica que su pensamiento, tal como lo expone

[151] Josep Maria Casas Homs, «*Barcino*» *de Jeroni Pau. Història de Barcelona fins al segle XV* (Barcelona, Fundació Francesc Blasi Vallespinosa, 1957), página 11. El estudioso catalán sigue de cerca el relato de Giovanni Mercati, *Paolo Pompilio e la scoperta del cadavere inttato sull'Appia nel 1485,* en *Opere minori* (Roma, Città del Vaticano. Biblioteca Apostolica Vaticana [Studi e testi, 79], 1937), vol. IV, págs. 268-286; el pasaje que nos interesa es editado también por Tavoni, *Latino, Grammatica, Volgare..., op. cit.,* págs. 297-300.

Biondo, fue mal interpretado por muchos tanto en el Quattrocento como después [152]:

> Magna est apud doctos aetatis nostrae homines altercatio, et cui saepenumero interfuerim contentio, materno ne et passim apud rudem indoctam multitudinem aetate nostra vulgato idiomate, an grammaticae artis usu, quod latinum appellamus, instituto loquendi more Romani orare fuerint soliti.

Para añadir algo más adelante:

> Multas, ut principio sum pollicitus, utriusque partis argumentationes, et illorum qui vulgarem nostrae similem Romanis locutionem fuisse crederent, et eorum qui latinitatem litterariam illi aetati mecum tribuerent, pro voluminis magnitudine videor attulisse. (*Ibid.*, págs. 5 y 215.)

El resultado es que, en la Antigüedad, la lengua de la calle no habría sido el latín vulgar sino el *volgare*, esto es el italiano; no de otro modo se han interpretado las palabras de ese humanista, como revelan los comentarios de algunos eruditos desde el Quattrocento para acá. Sin embargo, nada de esto hay en Bruni, que mantenía una postura harto más inteligente que la que se han empecinado en ver sus críticos. Lo que resulta más significativo es que el de Arezzo establecía, de hecho, unos vínculos poderosos entre la *vulgaris lingua* del pasado y la del presente (ahora sí, la lengua vernácula) al oponer ambas a la *litterata lingua* de los autores clásicos [153]; por otra parte, la postura de Biondo, que no exclu-

[152] Cito a través de Tavoni, *Latino, Grammatica, Volgare...*, *op. cit.*, págs. 4 y sigs. y 198; en todo momento tengo en cuenta sus juiciosos comentarios.

[153] El mejor resumen lo encuentro en Tavoni (*ibid.*, págs. 9-10): «Mentre il Bruni coi termini *vulgaris sermo, vulgariter loqui*, ecc. intendeva alludere ad una varietà grammaticalmente amorfa del latino, propria ieri come oggi degli *illitterati* ma non veramente dotata, oggi come ieri, di uno status di lingua autonoma, Biondo nei termini *vulgatum idioma, vulgaris loquela* o *locutio*, ecc. identificava anzitutto il volgare del suo tempo, con il suo peso di idioma evidentemente diverso e autonomo dal latino su tutti i piani, anche sul piano lessicale; e di conseguenza credeva di vedere nel pensiero del Bruni l'affermazione che tale idioma esisteva fin dall'antichità».

ye la anterior, vino a confirmar la unidad lingüística de la Antigüedad, lo que sirvió para reivindicar una nueva lengua para todos en el presente. Según recuerda Baron, ése es el espíritu que hubo de animar a Alberti en su apuesta por la lengua vulgar *(The Crisis..., op. cit.,* pág. 343), quien también pudo tener muy presente la separación establecida por el propio Dante entre la *lingua grammaticalis et artificialis* y las *linguae naturales et vulgares.*

Muy semejante es la opinión que Bruni mantuvo en otros momentos, tal como percibimos en su *Vita di Dante* (1436); en esta obra, de seguro tenía en mente aquellos pasajes del libro primero del *De vulgari eloquentia* en que el poeta acepta la asociación típicamente medieval de las lenguas habladas (o, si se prefiere, las *vulgares elocutiones)* con la ausencia de norma, frente al latín clásico, significativamente vinculado a la *grammatica* y, muy a menudo, denominado con ese mismo término [154]. Por un camino u otro, al italiano le llegaba su ejecutoria de hidalguía; para ello, según venimos viendo, la obra de Petrarca fue de enorme importancia. La más sólida de las aportaciones en lo que a los estudios lingüísticos respecta tendrá lugar con la publicación del *De lingua latina* de Varrón, editado por Pomponio Leto, que vio la luz en 1471 gracias a la imprenta romana de Georg Lauer; además, el Quattrocento quedó obligado con este autor del siglo I a. C. por otra importante razón: gracias a su obra se disponía de las primeras noticias fidedignas sobre la Roma anterior a Augusto.

¿Qué otros aspectos les interesaban mientras tanto a los latinistas españoles? En nuestra tierra, como en Italia, el problema de la pronunciación del latín clásico merecía ríos de tinta; si en la nación hermana los primeros apuntes nos remiten al Trecento, en España la polémica se inicia con Nebrija [155]. Otros problemas de tipo lingüístico abordados por los humanistas italianos captaron la atención de, cuando menos, un puñado de lectores españoles, como se

[154] Baste recordar lo de sobra sabido: el docente de latín era el *grammaticus.* De ese modo, se explica la identificación incorrecta del latín popular de la Antigüedad con el italiano.

[155] Este problema merecerá opúsculos como el de Antonio Polo, *Repetitio quaedam de litterarum quarundam apud Latinos pronuntiatione,* Zaragoza, 1540.

pone de manifiesto a través de la traducción castellana de ciertos pasajes del *De Linguae Latinae Differentiis* de un ilustre discípulo de Crisoloras, Guarino de Verona. El fragmento se halla inserto al final de un Comentario al *Infierno* de Dante presente en el ms. S-II-13 de la Biblioteca del Monasterio de El Escorial [156]; no cabe duda de la rareza del testimonio, ya que la fortuna del Veronés fue mucho menor de la que gozaron otros humanistas. Aunque, en su *Iter*, Kristeller ha logrado localizar un largo número de opúsculos de este escritor, ninguno sorprende por su frecuencia; además, se trata de piezas muy breves, *orationes*, cartas, epigramas o algunos prefacios; esa relativa laguna sorprende más en su vertiente lingüística pues a Guarino se debe el primer proyecto de una gramática humanística: las *Regulae grammaticales*. No obstante, este tratado nunca podía faltar en la biblioteca del Magnánimo, como se demuestra por el códice 778 BUV, el único representante de su tradición textual en España (el *De dipthongis* de la Catedral de Toledo, ms. 100, 23, no nos sirve, pues perteneció al Cardenal Zelada) [157].

[156] Mi buena amiga Lucia Binotti ha identificado este texto que Edwin Webber publicó hace tiempo como anónimo: «A Spanish Linguistic Treatise of the Fifteenth Century», *Romance Philology*, 16 (1962), págs. 32-40; con todo, la intervención del traductor castellano independiza relativamente su trabajo, lo que hace que la denominación de Webber resulte aceptable. Otros testimonios de importancia, como los mss. 100-42 y 100-23 de la Catedral de Toledo, no circularon por Castilla durante la Edad Media, pues proceden de la colección del Cardenal Zelada, el célebre religioso de origen italiano que llevó a la extinción a la Compañía de Jesús en España; el primer códice, junto a diversas cartas, discursos y otros opúsculos humanísticos, recoge el *De dipthongis* de Guarino. Por supuesto, Alfonso V de Aragón tuvo noticia fresca de estas aportaciones a los estudios de la lengua; de hecho, ahí está el códice 778 BUV, citado antes por varios estudiosos, que contiene textos de teoría lingüística de Guarino, Bartolomeo Facio y otros. La exégesis dantesca y las pesquisas lingüísticas se unen una y otra vez en los comentarios a la *Divina Commedia;* con sorpresa, he encontrado un nuevo ejemplo en un manuscrito de la primera mitad del siglo XVI conservado en la Fundación Lázaro-Galdiano (ms. 33); éste contiene el comento de Lorenzo di Santi Buonafedi da Prato.

[157] Esta obra, muy sucinta, se usaba conjuntamente *(n. b.)* con el *Doctrinale;* como ya sabemos, la buena estrella del manual de Villadieu continuaría, a pesar de las palabras de Valla y Nebrija. Por lo que respecta a los supuestos «Guarinos» de los inventarios de libros no suelen ser otra cosa que ejemplares

Igual que estaba ocurriendo con la lengua toscana, el castellano pronto pretendió codearse con el latín. Conocemos de sobra los prejuicios que Petrarca tuvo frente a la obra de Dante al haber escogido el romance para escribir sus grandes poemas (amén de sus experimentos con el *Convivio*, de 1308, y su apuesta por la lengua vernácula en su *De vulgari eloquentia* por medio de su célebre afirmación: «nobilior est vulgaris»)[158]; sin embargo, Petrarca, aun a pesar de sus preferencias por el latín, en todo momento tuvo presente que el italiano era, por razones evidentes, el directo heredero de la lengua de Cicerón: ambos constituían el nivel inferior y superior del mismo idioma[159]. Poco se imaginaba que, unas cuantas décadas después, parecidos reparos despertaría su latín cuando unos cuantos llegaron a la conclusión de que no se adecuaba por completo a la norma clásica (de acuerdo con las palabras de Giannozzo Manetti en su *Vita Dantis* [*ca.* 1440]).

En esta ocasión, España contó también con opiniones de idéntico tono a las de Petrarca y los humanistas italianos del Quattro-

---

del célebre texto romancesco titulado *Guarino mesquino;* por ello, no tienen mayor sentido dudas tan inteligentes como la de F. J. Norton en *Printing in Spain 1501-1520* (Cambridge, University Press, 1966), pág. 103. Para una importante excepción, remito al riquísimo inventario recogido en las guardas finales de unas *Siete Partidas* del I-2387 BNM: «*Vocabulario* de Guarino»; sobre esta extensa y deslumbrante colección de comienzos de la primera década del siglo XVI están trabajando mis dos alumnas María del Mar Fernández Vega y Carmen Borja.

[158] Cecil Grayson, «*Nobilior est vulgaris:* Latino e volgare nel pensiero di Dante», en sus *Cinque saggi su Dante* (Bolonia, 1972), págs. 1-31.

[159] Este prejuicio de Petrarca lo llevó a tildar sus sonetos, los *Trionfi* y otros poemas de *juvenilia* (en carta a Boccaccio, *Epistulae familiares,* XXI, 15), aunque se trata, sin duda, de una modalidad del tópico del decoro, como lo es su rechazo, en otros momentos, de las composiciones amorosas de juventud (son esas *juveniles ineptie* de *Seniles,* XIII, 11) o de ciertas lecturas (en sus *Invective contra medicum);* de hecho, Petrarca cultivó el italiano junto con el latín hasta el final de sus días. Por su parte, Bruni en la *Vita di Dante* reivindicó el italiano de modo parecido, al recordar que toda lengua puede alcanzar un nivel de perfección propio: «Lo scrivere in istile litterato o vulgare non ha a fare al fatto, nè altra differenza è, se non como scrivere in greco od in latino; ciascuna lingua ha sua perfezione e suo suono e suo parlare limato e scientifico» (en la ed. de Hans Baron, Leipzig, 1928).

cento sin que por ello quepa postular ningún vínculo de dependencia absoluta. La exaltación de la lengua nacional tiene una de sus mejores muestras en una glosa al *Diálogo de vida beata* de Juan de Lucena, inserta en su pseudo-autógrafo (ms. 6728 BNM, fol. 2v):

> Antes quel Çésar sometiese al imperio romano las Ispanias, era nuestra lengua bárbara muy cerrada, tal que fasta oy no ley quál fuese; y los pueblos, commo quier que feroçes eran, pero rudos de ingenio y quasi brutos, tanto que Sertorio Quinto, tuerto de un ojo, rebellado contra los romanos, con vna çierva blanca engañó los pueblos de Ispania dándoles a entender ser Diana. Es en las montañas de Albana çierta generaçión de çieruos armellinos: tan engañados los traxo que con ellos superó a Pompeo y vençiólo, porla qual cosa, después que Çésar los domitó, porque de ay adelante no fuesen por engaño seductos y avn porque no tornasen a rebellar y para siempre fuesen firmes en la fe de los romanos, acordó transportar muchas gentes ispanas en Roma y muchas romanas en Ispania, y en esta guisa ambas lenguas se bastardaron. Era antes la lengua romana perfecta latina, y dende llamamos oy nuestro común fablar romançe, porque vino de Roma. Ninguna naçión, aunque más vezina le sea, tan apropria su lenguaje de aquélla ni tan çercana es de la lengua latina quanto ésta.

En términos muy parecidos se expresa el adaptador español (mejor que traductor) de Guarino de Verona, quien se aleja de su fuente al sostener que, con respecto al latín, «conseruamos la nuestra lengua mucho más que los mesmos romanos o ytalianos» (Webber, *op. cit.*, pág. 35). Por su parte, Alfonso de la Torre, en el apartado que dedica a la Gramática en la *Visión delectable*, al disertar sobre las lenguas románicas, sólo presta atención al italiano y al español, como herederos directos del latín clásico, «que oy se fablan en Ytalia e España por la gente común e vulgar» (véase, por ejemplo, el ms. 8402 BNM, fol. 13v, y ahora la ed. de García López, *op. cit.*, pág. 113). Un bello testimonio, que tampoco se le escapa a María Morrás, aparece en el relato de un visitante: el *Itinerarium Hispanicum Hieronymi Monetarii, 1494-1495;* en ese lugar, Jerónimo Münzer, sobre cuya figura volveré de nuevo más abajo, resalta también la hermandad del castellano y del latín por encima de la

que esta lengua tiene con el italiano: «Ydeoma hispanicum propinquius est latino quam ytalicum, et hispanicus facile intelligit latinum. Et ideo non curarunt hactenus latinum elimatum» [160].

Tras estos ejemplos, queda claro que la exaltación del castellano frente a otras lenguas románicas fue común años antes de la que se venía considerando la primera muestra: el discurso que Garci Lasso de la Vega, padre del poeta y embajador español en la Santa Sede, declamó ante Alejandro VI el día de San Pedro de 1498 [161]. En esa ocasión, el diplomático español hubo de medir fuerzas con los de Francia, Portugal e Italia para determinar cuál de sus lenguas era mejor por su mayor proximidad respecto del latín; con tal propósito, estudiaron los discursos escritos para la ocasión, en una prueba que determinó el triunfo de la lengua castellana según la relación de Martín de Viciana en el impreso que se titula *Libro de alabanças de las lenguas hebrea, griega, latina, castellana y valenciana,* Valencia, 1574. A nadie ha de costarle admitir la veracidad de esta anécdota, pues España tenía las cartas marcadas a su favor: si no bastaban su hegemonía en Europa, el odio italo-español hacia Francia o el hecho de que la curia estuviese en manos de una familia valenciana, el texto de Lasso de la Vega venía a dejar todo claro. Ahora bien, resulta difícil sostener que su artificioso escrito estaba redactado en la vieja lengua de Castilla (*ibid.*, pág. 89):

> Si tú, Francia christianíssima, Hispania antiquíssima e cathólica, decorata a summo pontífice romano, Papa Innocentio Octauo, el rogándote Francia scribas tales probationes tractando de tua eloquentia e excellentia tantas, quantas e quales scribo de Hispania, comparando gentes, nasçiones e prouinçias quales manifiesto dictando e continuando unas cartas puras latinas e hispanas [...]

---

[160] Tampoco se le olvida a Luis Gil, *Panorama social del humanismo español, op. cit.*, pág. 127. Cito directamente a través de Ludwig Pfandl, «*Itinerarium Hispanicum Hieronymi Monetarii*», *Revue Hispanique,* 48 (1920), págs. 1-178 [132].

[161] Recogido por Erasmo Buceta, «La tendencia a identificar el español con el latín», *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal* (Madrid, Hernando, 1925), vol. I, págs. 85-108.

Claro está que, como nos recuerda Buceta, de idéntica argucia se sirvió también la lengua portuguesa, cuando, medio siglo después, João de Barros daba la entrada a su *Diálogo em louvor da lingua portuguesa* (1540) por medio de unos versos «feitos em louuor da nossa patria»; sobre esa composición, el autor añadía orgulloso que «assy sam portugueses que os entende o portugues e tã latinos que os nã estranhara quem souber a lingua latina». Con el fin de que esa afirmación fuese cierta, Barros hubo de someter su lengua materna a distorsiones tan artificiales como violentas. Con todo, las resonancias de su idea primordial llegarán hasta el *Origem da Lingua Portuguesa* de Duarte Nunes de Leão (muerto en 1608).

Por supuesto, no me puede extrañar que Lucio Marineo Siculo siga esa misma ruta en su encomiástico *De rebus Hispaniae memorabilibus*, con versión castellana en *De las cosas illustres y excelentes de España*, ambos de 1530. Tras prestar atención a la primera de las lenguas peninsulares, que no había sido otra que la vizcaína (de la que adjunta un glosario), el libro trata «De la lengua que agora se vsa en España» (fol. 30r); en ese lugar, se inicia su elogio del castellano desde sus primitivas fuentes griegas (cito por el impreso de Alcalá, Eguía, 1530, a través del R-2496 BNM):

> [...] Pero es de saber que estos vocablos griegos de que vsa la lengua española no fueron tomados originalmente de los griegos sino de los romanos, con quien los griegos tuuieron mucha participación. Y como después los romanos conquistaron a España y muchos dellos vinieron a morar en ella, vino la lengua española a boluerse en latina o romana, la qual fue después corrompida por la venida de los godos en España; y después por los moros, que vinieron de Africa, aunque no pudo tanto corromperse que no quedasse muy más conforme a la romana que a otra ninguna, por lo qual oy día se llama romance. Como quiera que sea, la lengua española haze ventaja a todas las otras en elegancia y copia de vocablos y *avn a la italiana*, sacando la latina y la griega; y la causa de ser muy más perfeta que todas las otras lenguas vulgares es por la conformidad que tiene con la latina, a la qual es tan semejante que se hallan cartas escriptas en romance y el mismo romance es también latín, de manera que todos los vocablos son castellanos y latinos. Llámasse comúnmente esta lengua romana castellana porque, como arriba diximos, donde más polidamente se habla y donde más perfeta quedó es en Castilla.

Como iremos viendo, ésta era la postura «oficial» del humanista italiano, que encuentra cierto contrapunto en la que mantuvo en parte de su correspondencia privada (aunque entre las cartas que mandó a la imprenta, que merecerán algún comentario más adelante, abundan sobre todo las de tono autocomplaciente y adulador); en ella, es donde a veces salen a relucir muchos de sus prejuicios respecto de España y sus bárbaros habitantes. Por cierto, no se nos escape que, ya en la erudita exposición de Diego García de Campos en *Planeta*, al inicio del siglo XIII, se habían indagado las raíces de nuestro léxico a partir del latín, el francés, el griego e incluso el árabe, junto con otras lenguas germánicas o bárbaras (alude, en concreto, a suevos y vándalos); el recurso, de una modernidad sorprendente, a elementos de la toponimia y la onomástica le llevó a conclusiones diametralmente opuestas a las que acabamos de revisar: para Diego Hispano, la lengua romance de Castilla había experimentado unas transformaciones tan profundas que sería punto menos que imposible «que maiores nostri, Lucanus et Seneca, Quintilianus et Latro, Prosper et Orosius, Ysidorus et Leander, si modo resurgerent, recognoscant» [162].

Los tiempos eran muy distintos: en el siglo XIII, el castellano, desplazado tantas veces por el gallego-portugués en su propio territorio, no competía con ninguna lengua ni dentro ni fuera de la Península; en el siglo XV, en cambio, la lengua de Castilla se mostraba todopoderosa y arrogante por su preeminencia respecto del resto de las lenguas peninsulares y a causa de su aceptación, en mayor o menor medida, tanto en el Reino de Aragón como en Portugal (la moda de los escritores portugueses que se sirvieron del español había empezado, ya se sabe, con Don Pedro de Portugal, el que fue Condestable de Portugal y Rey de Aragón). La presencia del castellano como lengua de cultura en la Corona de Aragón se reforzó desde principios del siglo XV. Por supuesto, en esa penetración lingüística tuvo mucho que ver la política de los Trastámara y su deseo hegemónico en la Península; ahora bien, es igualmente

[162] Esta deslumbrante obra, sobre la que ya he dicho algo en el prólogo, la cito en todo momento por la versión de Manuel Alonso (Madrid, CSIC, 1943), aunque con puntuación modernizada (la cita procede de pág. 181).

cierto que, para ese cambio, fueron determinantes las transformaciones acaecidas en la moda literaria, tal como ha señalado Pedro Cátedra [163]. En Nápoles, la fuerza del castellano tiene su mejor muestra, entre otras muchas, en el *Cancionero de Stúñiga* [164]. En los siglos XVI y XVII, el elogio del castellano será un lugar común tan visitado como gustado, aunque sus raíces tenemos que rastrearlas un siglo atrás; por dicho motivo, aunque coincido (de forma parcial, pues, tras los testimonios de Italia, el orden cronológico es otro) con los cauces trazados por Miguel Romera Navarro en un viejo artículo, me sorprende que ignore las ricas noticias de los siglos previos [165]:

> Por motivos nacionales, religiosos, didácticos, surge en el siglo XVI un movimiento vindicador de las lenguas vulgares: se inicia en Italia, pasa a España y Alemania, luego a Portugal, Francia e Inglaterra.

---

[163] Según nos indica en su edición *Poemas castellanos de cancioneros bilingües y otros manuscritos barceloneses*, Exeter, University of Exeter (Exeter Hispanic Texts, 34), 1983.

[164] Para las relaciones de esta colección de poemas con la corte aragonesa, véase Nicasio Salvador Miguel en su ya clásico libro *La Poesía Cancioneril. El «Cancionero de Estúñiga»* (Madrid, Alhambra, 1977), págs. 29-37.

[165] En «La defensa de la lengua española en el siglo XVI», *Bulletin Hispanique*, 31 (1929), págs. 204-255 [205]; muy parecida es la labor de José Francisco Pastor, que reunió los testimonios más conocidos desde Nebrija en adelante, en *Las apologías de la lengua castellana en el siglo de oro*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (Los Clásicos olvidados, 8), 1929.